

Capítulo 3

Creo que fui descubriendo que era distinta en forma gradual. Como nunca tuve problemas para pensar o recordar, me resultaba sorprendente que hubiera cosas que no pudiera hacer. Y eso me enojaba mucho.

Cuando tenía menos de un año, mi padre me trajo un gatito de peluche. Era blanco y suave y tenía el tamaño justo para mis deditos regordetes. Estaba sentada en el piso en una de esas sillitas para bebés, amarrada y segura mientras examinaba mi mundo conformado por una alfombra verde de felpa y un sofá haciendo juego. Mamá colocó el muñeco en mis manos y yo sonreí.

—Melody, papi te trajo un “*minino morrongo*” —exclamó con ese tono agudo que los adultos utilizan con los niños.

Bueno, ¿qué es un “*minino morrongo*”? Como si no fuera suficientemente difícil entender los términos reales, ¡también tenía que descifrar el significado de palabras inventadas!

Pero me fascinó la tersura fresca del pelaje del gatito. Luego se cayó al suelo y fue papá quien lo volvió a colocar en mis manos. Yo realmente deseaba sujetarlo y abrazarlo pero volvió a caerse. Recuerdo que me enojé y me largué a llorar.

—Prueba otra vez, cariño —dijo papá con palabras teñidas de tristeza—. Puedes hacerlo —y pusieron de nuevo el gatito en mis manos. Pero cada vez que lo hacían, mis deditos no podían aferrarlo y volvía a deslizarse hacia la alfombra.

Yo también me caí varias veces en esa alfombra; pienso que esa es la razón por la cual la recuerdo tan bien. Vista de cerca, era verde y fea. Imagino que esas alfombras de pelo largo ya habían pasado de moda antes de que yo naciera. Mientras yacía sobre ella esperando que alguien viniera a levantarme, tuve mucho tiempo para analizar cómo estaba tejida. Como no podía darme vuelta hasta que me rescataban, debía permanecer allí, sola e irritada sobre esa alfombra peluda con el olor a leche de soja en la nariz.

Cuando no me ponían en la silla para bebés, mis padres me acomodaban en el suelo y me rodeaban de almohadas. Pero al distinguir un rayo de sol que atravesaba la ventana, me daba vuelta para contemplar las motas de polvo que flotaban en él y *bum*, aterrizaba de cabeza en el suelo. Lanzaba un alarido, uno de ellos me levantaba, me calmaba e intentaba asegurarme mejor con los cojines. De todas maneras, en pocos minutos volvía a caer.

Entonces, papá hacía algo gracioso como imitar a la rana de *Plaza Sésamo* y eso me provocaba risa. Al instante, chocaba otra vez contra el piso. Yo no *quería* caerme pero no podía evitarlo: carecía por completo de equilibrio.

En ese momento, no comprendía qué me sucedía, pero papá sí. Él suspiraba y me colocaba en sus rodillas. Me abrazaba con fuerza y levantaba el gatito —o el juguete favorito de ese momento— para que pudiera tocarlo.

Aun cuando a veces inventara su propio vocabulario, nunca me hablaba con lenguaje infantil como mamá. Siempre se dirigía a mí como si estuviera hablando con un adulto, utilizando palabras reales y suponiendo que yo lo entendería. Estaba en lo cierto.

—Mi pequeña Melody, tu vida no será fácil —decía en voz baja—. Si pudiéramos intercambiar nuestros lugares, yo lo haría sin dudarle un segundo. Lo sabes, ¿verdad?

Yo solo parpadeaba, pero captaba lo que decía. A veces, su cara estaba bañada de lágrimas. De noche, me llevaba afuera y me hablaba al oído acerca de las estrellas, la luna y el viento nocturno.

—Las estrellas están montando un espectáculo solamente para ti, mi amor —comentaba—. ¡Observa ese increíble despliegue de brillo! ¿Sientes el viento? Está tratando de hacerte cosquillas en los pies.

Y durante el día, a menudo me quitaba todas esas mantas con que mi madre insistía en envolverme y permitía que sintiera la tibieza del sol en el rostro y en las piernas.

Había colocado un comedero para pájaros en el porche y nos sentábamos juntos afuera mientras los pájaros pasaban a toda velocidad y tomaban una semilla por vez.

—El rojo es un cardenal —explicaba—, y aquel es un azulejo. No se llevan muy bien —señalaba riendo por lo bajo.

Lo que papá más hacía era cantarme. Tiene una voz clara que parece hecha para canciones como *Yesterday* y *I Want*

to *Hold Your Hand*. Papá ama a los Beatles. Creo que es sencillamente imposible comprender los gustos de los padres.

Siempre tuve muy buen oído. Recuerdo que distinguía el sonido de su automóvil desde que ingresaba en nuestra calle. Luego entraba al garaje, se bajaba y se oía el tintineo mientras hurgaba en el bolsillo en busca de las llaves de casa. Las arrojaba en el primer peldaño de la escalera y, a continuación, se escuchaba el ruido de la puerta del refrigerador que se abría... dos veces. La primera, sacaba algo fresco para beber. La segunda, buscaba un trozo enorme de queso. A papá le encanta el queso... aunque no le cae demasiado bien a su sistema digestivo. También tiene los pedos más sonoros y olorosos del planeta. No sé cómo logra controlarlos en el trabajo, o si realmente los controla, pero cuando regresa a casa, los libera. Comienzan apenas sube las escaleras.

Peldaño, pedo.

Peldaño, pedo.

Peldaño, pedo.

Para cuando llegaba a mi dormitorio, yo ya estaba riendo y él se inclinaba sobre la cama y me daba un beso. Su aliento siempre olía a menta.

Cuando podía, papá me leía. A pesar de que debía estar cansado, sonreía, elegía uno o dos libros y yo viajaba hasta *Donde Viven los Monstruos* o adonde hacía lío *El Gato en el Sombrero*.

Es probable que me aprendiera las palabras de memoria antes que él. *Buenas Noches, Luna, Abran Paso a los Patitos* y muchísimos más. Las palabras de cada uno de los libros que papá me leyó alguna vez quedaron almacenadas en mi interior para siempre.

La cuestión es así: yo soy extremadamente inteligente y estoy bastante segura de que poseo memoria fotográfica. Es como si tuviera una cámara dentro de la cabeza y, si veo o escucho algo, oprimo el botón y queda registrado.

Una vez vi en televisión un programa especial sobre niños genios. Ellos podían recordar cifras grandes y complicadas, repetir palabras e imágenes en el orden correcto y recitar largas poesías. Yo también puedo hacerlo.

Recuerdo los números telefónicos gratuitos de todos los comerciales y también las direcciones de correo electrónico y los sitios web. Si alguna vez necesito un juego de cuchillos o la máquina perfecta para hacer ejercicios, tengo la información archivada.

Sé los nombres de los actores de todos los programas, a qué hora comienzan, en qué canal los transmiten y cuáles son repeticiones. Hasta me acuerdo de los diálogos de cada programa y de las publicidades que pasan en el medio.

A veces desearía tener en la cabeza un botón de eliminar.

Adosado a la silla de ruedas, tengo un control remoto para el televisor, muy cerca de la mano derecha. En el lado izquierdo, tengo el control de la radio. En el puño y en los pulgares, tengo control suficiente como para oprimir los botones, de modo que puedo cambiar de emisora o de canal, ¡lo cual me pone *muy* contenta! ¡Veinticuatro horas de lucha libre o del canal de compras pueden volver loco a cualquiera! Puedo modificar el volumen y hasta escuchar DVDs si alguien los coloca en el aparato por mí. Miro constantemente los viejos videos que papá me grabó.

Pero también me gustan los canales de cable que hablan de reyes y de los reinos que conquistaron o de médicos y de

las enfermedades que curaron. He visto programas especiales sobre volcanes, ataques de tiburones, perros con dos cabezas y las momias de Egipto. Los recuerdo a todos: palabra por palabra.

No es que eso me haga muy bien. Soy la única que sabe que todo eso está allí. Ni siquiera mi madre, a pesar de que ella tiene un “sentido maternal” por el cual sabe y entiende muchas cosas. Sin embargo, hasta eso tiene sus límites.

Nadie lo entiende. Nadie. Y eso me enloquece.

Por lo tanto, de vez en cuando, pierdo el control *completamente*. En serio. Los brazos y las piernas se ponen tensos y lanzan latigazos como las ramas de los árboles en una tormenta. Hasta mi cara se estira hacia arriba. Cuando sucede eso, me cuesta respirar pero tengo que hacerlo porque necesito gritar, aullar y sacudirme. No son ataques: esos son clínicos y te adormecen.

Esos momentos —a los que llamo “tornados”— son parte de mí. Todo lo que en mí no funciona se mezcla y se intensifica. Y aunque quiero, no puedo detenerme, a pesar de que sé que estoy asustando a la gente. Pierdo el control y me puedo poner bastante desagradable.

Una vez, cuando tenía alrededor de cuatro años, mamá y yo nos encontrábamos en una de esas enormes tiendas que venden de todo, desde leche hasta sofás. Yo todavía era lo suficientemente pequeña como para entrar en el asientito para niños del carro de compras. Mamá siempre iba preparada con cojines, que colocaba a mi alrededor para que no me inclinara. Todo marchaba bien. Ella había comprado papel higiénico, enjuague bucal y detergente, y yo disfrutaba del viaje mientras observaba todo lo que me rodeaba.

A continuación, en la sección juguetería, las divisé. Eran bolsas de colores brillantes llenas de bloques de plástico. Esa misma mañana, había visto en televisión una advertencia acerca de esos juguetes: los retiraban del mercado porque habían utilizado pintura con plomo para pintar las piezas. El informe decía que ya había muchos chicos internados con envenenamiento por plomo. Sin embargo, seguían allí en los estantes.

Yo los señalé.

—No, cariño —comentó mamá—. No los necesitas. Ya tienes suficientes juguetes.

Los señalé de nuevo, proferí un chillido y comencé a sacudir los pies.

—¡No! —exclamó mamá enérgicamente—. ¡No me hagas una escena caprichosa!

Yo no quería los bloques sino advertirle que eran peligrosos. Quería que le avisara a alguien que los retiraran de allí antes de que algún niño se enfermara. Pero lo único que podía hacer era chillar, señalar y patear. Y eso fue lo que hice, cada vez con más intensidad.

Empujando el carro con gran rapidez, mamá salió disparando de la sección juguetería.

—¡Ya basta! —me gritaba.

Pero yo no podía detenerme pues me enojaba terriblemente el no poder decírselo. Entonces, el tornado se apoderó de mí. Los brazos se convirtieron en palos y las piernas en armas. Le lancé patadas con los pies y aullé mientras seguía apuntando hacia los bloques.

La gente se quedaba mirando, algunos me señalaban y otros apartaban la vista.

Mamá alcanzó la puerta de la tienda, me arrancó del carrito y lo abandonó con todo lo que contenía. Cuando llegó al auto, estaba a punto de llorar. Mientras me sujetaba al asiento, me habló casi en un grito:

—¿Qué es lo que te *pasa*?

Bueno, ella sabía la respuesta pero también sabía que no era común que yo me comportara así. Tragué saliva, me soné la nariz y finalmente me tranquilicé. Rogué que la gente que estaba en la tienda mirara los noticieros.

Cuando regresamos a casa, mamá llamó al doctor y le contó sobre mi comportamiento demencial. Él envió una receta con un calmante, pero mamá no me lo dio. Para entonces, la crisis ya había pasado.

Creo que ella nunca comprendió lo que intenté decirle ese día.